



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

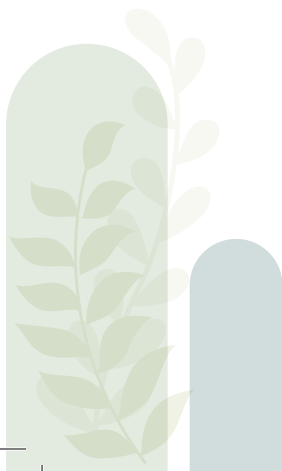


Carta de los fieles de la Arquidiócesis de Bogotá
A NUESTRO PASTOR

Asamblea Eclesial Arquidiocesana 2024

Bogotá, D.C. 23 de noviembre de 2024

Carta de los fieles de la Arquidiócesis de Bogotá
A NUESTRO PASTOR



Señor Cardenal,

Somos pueblo de Dios en camino. Precedidos por nuestro Señor Jesucristo, impulsados por el Espíritu Santo que nos congrega y nos anima, avanzamos todos al alcance de la meta, para recibir el premio al cual Dios nos ha llamado desde lo alto en Cristo Jesús (cfr. Flp 3, 14). Nuestro peregrinar misionero, solidario con los hombres y mujeres de la ciudad y sus campos, nos compromete, de manera inexcusable, en su transformación, según el corazón de Cristo, a la manera de la levadura en la masa (Mt 13,33).

Bajo el impulso y la guía del Espíritu Santo hemos aprendido en nuestra historia de 460 años, la gramática de la sinodalidad. Escuchar, discernir, responder han sido prácticas que de forma acompasada han marcado nuestra manera de ser y de actuar como Iglesia, abandonando el vergonzoso paralelismo en el que corremos el riesgo de caer permanentemente y logrando convergencias evangélicas que nos hacen creíbles.

Transitamos el Camino Discipular Misionero como experiencia de vuelta a las raíces de nuestra vida cristiana, regreso a la fuente bautismal de donde mana la vida de la gracia y en donde encuentra su raíz la vida teologal de los miembros del Pueblo de Dios. Este camino -que no es fin, sino medio- demarca nuestra ruta, sus distintos momentos y énfasis: tiempo para sembrar esperanza, tiempo para cultivar la fe y tiempo para cosechar la caridad, a la vez que nos señala la meta a la cual somos todos convocados: la plenitud de





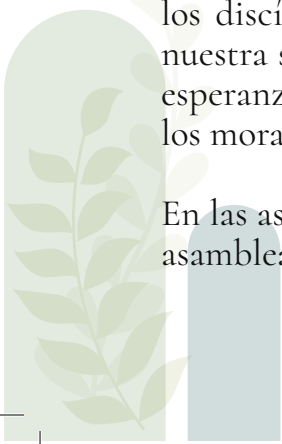
la vida en Cristo. Junto con las diaconías que animan las formas de servicio concretas para responder a los pasos que el Espíritu ha pedido dar a la Iglesia arquidiocesana y con las actitudes de los miembros del pueblo de Dios, el Camino Discipular Misionero estructura con una identidad claramente misericordiosa, nuestra misión evangelizadora.



Como experiencia sinodal nos esforzamos, con la asistencia del Espíritu Santo, en vivir la comunión que expresa la naturaleza misma de la Iglesia, y en realizar la misión que hemos recibido de anunciar el reino de Dios, que es misericordia, e instaurarlo en la realidad concreta de nuestra ciudad y nuestros pueblos. Nos empeñamos, así mismo, en esta praxis sinodal, en promover la participación de todos y cada uno; participación sin la cual la comunión y la misión perderían todo su sentido como líneas maestras del ser de la Iglesia.

Con mirada de creyentes hemos escrutado la realidad de nuestra ciudad y de nuestra Iglesia en ella, discerniendo los signos que evidencian la presencia, ya, aunque en germen, del reino de Dios. En este ejercicio de fe, también nosotros hemos reencontrado y valorado nuestro ser y misión en la Iglesia, en la certeza consoladora de que la cosecha del Señor es cierta. Estos, signos, que hemos llamado «semillas de esperanza», como un tesoro de los discípulos misioneros, han acompañado y animado nuestra salida misionera este año, como sembradores de esperanza en las periferias geográficas y existenciales de los moradores de la ciudad.

En las asambleas eclesiales en las bases y en estos días de asamblea eclesial arquidiocesana, a la luz de la Palabra y



en ambiente de oración y conversación espiritual, hemos tenido oportunidad de narrar, como los discípulos con el Señor, lo que hemos hecho y aprendido en la salida misionera, hemos dado gracias al Señor, hemos tenido oportunidad de pedir perdón por los temores y el desinterés que a veces nos bloquean, hemos celebrado el gozo de la misión y hemos considerado necesario, porque la misión no da espera, proponer ir más allá, a donde nos conduzca el Espíritu. Por eso, hoy, con ánimo jubilar, esperanza y disposición misionera, todos y cada uno, como una exigencia de nuestra fe bautismal, llamados a participar en la vida y en la misión de la Iglesia, ofrecemos:

Como sacerdotes:

1. Fortalecer la comunión y fraternidad entre nosotros, apoyándonos mutuamente en el ministerio y manteniendo la unidad en metodologías y criterios pastorales, así como en el impulso de las diferentes iniciativas a nivel Arquidiocesano, vicarial y arciprestal.



2. Mayor cercanía a las comunidades parroquiales, acompañando sus realidades concretas, saliendo al encuentro personalmente, sin delegar la visita. Con disponibilidad de tiempo y corazón, extendiendo nuestras agendas.

3. Impulsar el espíritu misionero en nuestras





comunidades de base, con los EPEM y COPAE y los diferentes equipos pastorales, animando la formación permanente en clave misionera, promoviendo la comunión y la participación.

4. Celebrar los sacramentos con mayor mística, respeto y preparación, reconociendo su importancia como fuente de gracia. Dedicar tiempo y esfuerzo a la predicación aprovechando los medios que nos ofrecen y comprendiendo cada celebración como una forma de evangelización y acompañamiento pastoral.

5. Mantener una actitud de acogida generosa a los demás, “ensanchando nuestra tienda”, amando paternal y pastoralmente a nuestros fieles.

6. Promover la participación del laicado y la vida consagrada en el discernimiento y las tomas de decisión para el mejor cumplimiento de nuestra tarea evangelizadora.

7. Aprender de María, su disposición y obediencia alegre a su papel en el plan de Dios Padre.



Como laicos y consagrados:

1. En espíritu evangélico, fortalecer el hábito misionero en nuestras comunidades promoviendo la coherencia entre nuestra fe y obras, generando espacios y prácticas evangelizadoras novedosas que sacudan nuestras seguridades y convoquen a otros a sumarse al anuncio





6. Fortalecer nuestro espíritu misionero, aprovechando los diferentes espacios de oración, la vivencia de los sacramentos y vida comunitaria.

7. Generar en nuestras comunidades oportunidades de formación y capacitación para la vinculación de nuevos fieles que renueven liderazgos, favorezcan el fortalecimiento y surgimiento de pequeñas comunidades y garanticen el relevo generacional.



8. Ser comunidades abiertas, que acogen con misericordia a quienes buscan respuestas sobre la fe, o quienes necesitan ser acompañados, comunidades flexibles para valorar las diferencias y dar espacio a todos sin discriminación.

9. Visitar las diferentes realidades de la parroquia y acompañar a todos como misioneros de fe, de esperanza y de caridad.

10. Fortalecer la vivencia de la caridad, más allá de la entrega asistencial, dignificando a las personas como reflejo del amor de Dios en sus vidas.

Para cualificar nuestra condición discipular misionera necesitamos:

1. Conceder protagonismo al Espíritu Santo (no a nuestros planes) para que sea Él quien nos muestre el camino, nos enseñe a escuchar, discernir y decidir en comunidad la tarea evangelizadora.

2. Meditar más la Palabra de Dios, orar y recibir la gracia de los sacramentos.





7. Asumir con valentía el ser una iglesia en salida, en la que se da testimonio con la vida y se anuncia de palabra sin miedo.

8. Ser recursivos y hábiles para utilizar las tecnologías de la comunicación en favor de la tarea evangelizadora.

9. Necesitamos vivir una fe bien fundamentada que nos permita entrar en diálogo con otros y ser creíbles en lo que decimos y hacemos.

10. Acrecentar nuestra disposición de acogida y de compromiso misericordioso con las diferentes poblaciones presentes en nuestras parroquias sin distinción alguna, especialmente con los más necesitados.

11. Aprender a reconocer integralmente a los demás como don; reconocer sus necesidades y potencialidades y darles un lugar en la comunidad, hacerlos parte de nosotros.

María, Madre de la Iglesia y Santa Isabel de Hungría, acompañen su ministerio de pastoreo misericordioso entre nosotros. Cuento siempre con nuestra oración.

